

Mexicanos en Estados Unidos: ni elegidos ni condenados

*Magalí Tercero**

Cuando se estudia un tema políticamente correcto, que además está de moda, como la presencia mexicana en Estados Unidos, se corre el riesgo de encontrarse muy pronto ante un perfecto lugar común. La imagen que acude a mí es la que describió vívidamente Gonzalo Aburto, director de *Poz*, primera revista en español sobre el sida, cuando lo entrevisté en 1998 sobre los mexicanos en Nueva York.

Aburto, de 45 años, sostiene que un mexicano de su generación puede atormentarse pensando que le falló a su país, pero cuando ve a un niño de 15 años que tiene que trabajar 14 horas diarias en la cocina de un restaurante en Manhattan para mandarle dinero a su mamá, no puede decirle a ese joven que debería estar viviendo en su tierra con su familia y yendo a la escuela para recibir la mejor educación, “mira, vamos a hacer la revolución”. Se trata, pues, de una migración económica, que cada día se extiende más en los Estados Unidos y que forma parte de un complejo fenómeno étnico y cultural.

A lo largo de esta investigación periodística –basada en entrevistas con líderes comunitarios, artistas, políticos, profesionales de toda índole, obreros, campesinos, estudiantes y otros miembros de la comunidad– ha sido posible dibujar un cierto mapa emocional de la realidad mexicana en diferentes lugares de Estados Unidos. La presencia de los mexicanos en ese país significa un delicado asunto geopolítico, a la vez que constituye un factor indudable de transformación cultural en la sociedad estadounidense.

Mi interés por este fenómeno, en el que vengo trabajando desde 1990, incluye no sólo la comunidad mexicana, sino también las dinámicas culturales de Estados Unidos, una sociedad tan vasta y compleja en sus manifestaciones. ¿Cómo se insertan los mexicanos en esa cultura? ¿Cuál es la vivencia profunda y personal del extranjero que se propone “hacer la América”? ¿Cómo se transforma el sentido de identidad a través de las generaciones? ¿Cuál es el

* Periodista independiente. Actualmente trabaja en el Instituto de Cultura del Gobierno del Distrito Federal, en México.

sentimiento de nacionalidad de un chicano de tercera generación? ¿De qué forma emigran las mujeres, un grupo cada vez más numeroso en los últimos años? ¿Qué las conduce hasta allá y cómo se desenvuelven? El proyecto parte de preguntas como éstas y va generando otras a lo largo de su elaboración. Más que de una frontera geográfica, se trata de llegar a esa zona limítrofe interior que define la vida de las personas. De ahí que se haya hecho investigación periodística en ciudades no fronterizas, como Nueva York.

El Paso, Los Angeles y Nueva York, los lugares por los que ha transcurrido esta indagación, viven realidades que bien podrían considerarse opuestas. *El Paso* es una ciudad levantada en el desierto, e impiden olvidarlo los vientos constantes y las lluvias de tierra, como llaman los lugareños a las frecuentes tolvaneras de arena que tornan marrón el aire. Hay magueyes en cada rincón y el talante contradictorio de las personas se asemeja a la naturaleza desértica de la zona. Sin embargo, existe un fuerte sentimiento de identidad que ha mantenido vigentes las costumbres y la cultura mexicanas.

En el centro de la ciudad se despliegan, a lo largo de unas cuantas calles, el Condado de Texas, la Cárcel Federal y el Consulado Mexicano, además de unos 250 comercios, más bien modestos, originalmente destinados a la población fronteriza que cruza a diario los cuatro puentes que unen Ciudad Juárez y El Paso. El lugar está habitado por alrededor de 600.000 personas, 70 % de las cuales son de origen mexicano: un México en inglés metido a la fuerza en una de las regiones más provincianas de la América blanca. Estos hispanos, que a diario hacen largas filas para tomar el autobús que los llevará hasta sus centros de trabajo, tienen una calidad de vida notablemente inferior a la que goza el 25 % de la población anglo, vecindada en la parte oeste de la ciudad. El último grupo, el restante 5 % lo componen en su mayoría los descendientes de los militares negros que han trabajado durante generaciones en Fort Bliss. Pero, volviendo a la comunidad mexicana, y para cerrar este breve apartado sobre El Paso, diremos que en 1994, cuando la administración del presidente Ernesto Zedillo devaluó el peso, la actividad económica declinó notablemente, y por lo menos medio centenar de tiendas cerraron durante el último año. De allí la soledad cada vez más acentuada de estas calles céntricas y la atmósfera redobladamente hostil que se respira en el lugar.

Los Angeles presenta una situación muy distinta. La ciudad de la posmodernidad, como la llama Naeif Yehya, escritor mexicano residente en Nueva York, es el escenario utópico del *melting-pot*, un concepto cuyo atractivo inicial desapareció pronto pese a sus apologistas.

No hace mucho, dos o tres años a lo sumo, algunos importantes periodistas de la prensa en español de Los Angeles se mostraban fascinados ante la

abundancia cultural de la capital californiana, la ciudad del futuro. Sólo unos cuantos negaban este fenómeno y le dedicaban rudos adjetivos a una sociedad que tolera pero no acoge la presencia de árabes, latinos, europeos, africanos o asiáticos. Los innumerables restaurantes por los que se accede a todas las gastronomías del mundo no hacen más que enfatizar la separación que existe entre cada comunidad, banalizando la experiencia del Otro, reduciéndola a mero turismo cultural.

Es en California y Texas donde realmente existe el fenómeno de la identidad chicana. Habitantes de un mundo de ficción, según el dramaturgo Víctor Hugo Rascón Banda, los latinos y sus descendientes enfrentan con más virulencia que nunca el dilema de su otredad. La gran mayoría son exiliados de un país cuya realidad económica los expulsa continuamente del vientre materno. Y, en el caso de los chicanos, la necesidad de construir una leyenda del origen es vital. “Casi forman un tercer país”, afirma Rascón Banda. Y añade: “Ya los perdimos, ya no son nuestros hermanos. Son otra cultura. Los chicanos son unos desconocidos para nosotros y nosotros lo somos para ellos”.

En *Nueva York* no puede hablarse de un problema de identidad porque en términos de tiempo histórico la comunidad mexicana es sumamente joven. A principios de los años 20 llegaron los primeros inmigrantes y crearon una pequeña comunidad que cumplía funciones de apoyo social, pero no llegaron en cantidad suficiente como para que hoy pueda hablarse de grupos numerosos de segunda o tercera generación. Rosa Romero, nacida allí en los años 40, es un ejemplo de lo que pudo ocurrirle a esa primera generación. Los mexicanos de entonces emigraban también por razones económicas, pero se encontraban con un mundo mucho más amable que el actual. Muchos de ellos se reunían alrededor del Centro Mexicano de Nueva York, organización que vinculaba a sus miembros con la vida económica de la ciudad, pero sobre todo funcionaba como un pequeño México que los mantenía emocionalmente cercanos a su patria. El Centro Mexicano fue creado en 1929 y a él acudían más que nada los yucatecos. Cuenta Rosa Romero que en esa década “vinieron muchos habitantes de Mérida y otras ciudades cercanas porque se les hacía muy fácil llegar hasta Nueva York en barco [...] éste era directo y salía de la pequeña ciudad de Progreso, se detenía en La Habana, Cuba (una ciudad con la que los yucatecos sostenían un gran intercambio cultural), y luego orientaba el rumbo hacia Nueva York”.

La mamá de Rosa Romero llegó en 1927 por su cuenta. En ese tiempo no había muchos mexicanos, pero todos se conocían. Había cuatro o cinco grupos sociales y uno de ellos era el Centro Mexicano. Romero señala que para sus padres era muy importante conservar el idioma y la cultura. Así transcurrió la

infancia de Rosa durante los años 40. En el Nueva York de entonces, las familias podían armarse de frazadas durante las noches veraniegas e irse a dormir a Central Park. "Todavía no existían los programas bilingües", dice Romero, "y como todas las amistades de la familia hablaban español, crecí con esa lengua; el inglés no lo aprendí hasta que entré a la escuela". En Nueva York sólo había una tienda donde se vendían productos mexicanos, la de la calle 14. Los dueños eran españoles, pero hacían el esfuerzo de traer todos los ingredientes para que las amas de casa hiciesen sus tortillas a mano y preparasen el mole del domingo. "La mujer que me cuidó desde que nací era una señora mexicana de Mérida, mis padrinos eran mexicanos, el doctor que venía a la casa cuando éramos niños era también de Mérida, el fotógrafo oficial presente en todas las ocasiones era mexicano y el camionero que estaba en la esquina también. Estábamos rodeados de compatriotas", termina Rosa su relato.

En ese tiempo, la imagen de México en Estados Unidos era muy buena, y numerosos entrevistados coinciden en que recibían muy buen trato por parte de los estadounidenses. Poco a poco, el Centro Mexicano se enriqueció con nuevos miembros: los latinos de otras nacionalidades.

El cine desempeñó un papel muy importante en la conservación de las tradiciones de estos primeros inmigrantes a Nueva York. A través del celuloide conocieron la música, las costumbres y la historia de México. Rosa y muchas otras personas de su generación crecieron con un enorme amor por su país. Esa atmósfera tuvo que ver quizá con el afianzamiento del fenómeno migratorio durante los años 50. Antonio Valencia, otro mexicano, se convirtió por entonces en una especie de agente de empleos y figuró como actor principal de la inmigración de jaliscienses y michoacanos a New Rochelle y Westchester, en el Estado de Nueva York.

Hoy, esta comunidad, formada gracias a una eficiente red de trabajo con los lugares de origen, cuenta con 10.000 miembros dedicados a labores de construcción, jardinería, cocina y atención de restaurantes. Pese a que muchos de ellos han prosperado, la vulnerabilidad de la comunidad mexicana se evidencia en los hechos que cuenta el propio Valencia. El refiere que a veces lo llaman de la Unión de Constructores y le piden de un día para otro cuatro o cinco trabajadores. Valencia los recluta sin mayores dificultades, y es precisamente esta disponibilidad lo que mueve a pensar en su indefensión.

Hay que precisar que la migración de los años 80 ocurrió al mismo tiempo que los habitantes de México experimentábamos un notable quiebre en los sentimientos de identidad, particularmente después de la devaluación de 1982. La proyección de *Zoot Suit*, la película de Luis Valdés, provocó reac-

ciones nada habituales en el público de las grandes salas populares del Distrito Federal y pronto se convirtió en una especie de reivindicación de la identidad chicana y, por extensión, mexicana.

Acababa de comenzar la década y México vivía un fuerte descolón económico. La alegría de los 70, época en que el auge petrolero creó la ilusión de la abundancia, había dado paso a lo que por entonces la poeta Isabel Fraire calificó como "la vuelta de tuerca de los 80". Las reivindicaciones de los 60 habían sido olvidadas en beneficio de una generación que viraba inevitablemente hacia la derecha y hacia el pragmatismo, que valoraba de nuevo el vínculo del matrimonio o la existencia dirigida por la adrenalina de la competencia profesional. Al mismo tiempo, la economía exhibía el espejismo: el peso había sido devaluado y había una población hambrienta y desempleada que empacaba con destino a Estados Unidos para luego ser frenada por la Simpson-Mazolli y otros mecanismos de emergencia fronteriza.

En este contexto se exhibió *Zoot Suit* y, al menos por un instante, creó un remiendo ilusorio del fragmentado sentimiento de mexicanidad que se expresaba entonces. Al mismo tiempo, del lado de México la película era vista como una más de las muchas reivindicaciones logradas a raíz de la actuación de los grandes líderes chicanos. Nueva York no participaba de la euforia porque allí el fenómeno era incipiente.

En los años 90, Nueva York ha cambiado radicalmente. No sólo se han multiplicado los tres restaurantes mexicanos que existían en Manhattan; también han cambiado las conveniencias laborales: la mano de obra que en otros momentos significó tanto para Estados Unidos, y que literalmente lo ha surtido por años de empleados para aquello que ningún ciudadano estadounidense haría, se ha convertido en un problema de invasión de migrantes.

Oscar Paredes, activista político que en México perteneció al grupo Cleta, menciona que las autoridades migratorias de Estados Unidos han practicado siempre diversas formas de admisión informal de los latinos. "Durante muchos años nos dejaron pasar, descuidando las guardias durante lapsos de media hora. Siempre se ha hecho un *show* del rechazo al inmigrante".

Trabajo y fuerza política de la comunidad

Actualmente existe en las distintas comunidades mexicanas una capacidad de organización; no sólo han logrado sobrevivir sino que incluso han llevado a cabo proyectos de gran envergadura tan distintos entre sí como la edificación de una capilla en un remoto pueblo de Michoacán, la organización

impecable de redes de trabajo que crean vasos comunicantes entre el centro de México y Nueva York, o la realización de empresas culturales. Pero no existe todavía el impulso general, el sentimiento de unidad previo a toda organización comunitaria.

A la pregunta: ¿cree que los hispanos tienen alguna fuerza política?, la hija de dos inmigrantes, nacida en Estados Unidos en los años 40, responde simplemente: "No la tienen pero la van a necesitar porque su situación es muy dura". La política es uno de los últimos temas que inquietan a un trabajador mexicano, pues proviene de un país despolitizado y, particularmente, de una clase social cuya primera preocupación es la supervivencia. Un entrevistado añade otra explicación: "Realizamos muy bien nuestras labores, pero trabajamos para tener algo que nos permita pasear y estar juntos. Esto ayuda porque lo más importante es el sentimiento de fraternidad. La fuerza política va a llegar por ese mismo sentimiento y no por el amor al dinero", refiere.

¿Hasta qué punto compartir fricciones y problemas puede unir a las distintas comunidades latinas? La pregunta es si realmente llegarán a romperse las barreras que crean los nacionalismos o la simple competitividad en el terreno laboral. En un libro sobre los afroamericanos, recientemente publicado por la periodista española Mireia Sentís, Angela Davis reflexiona sobre la noción de universalidad en la lucha política contra la discriminación. Cito textualmente a Davis: "Tenemos que ser cuidadosos con la retórica de la universalidad, porque puede volverse en contra nuestra. La construcción del universo es blanca. El blanco representa la norma, la medida. Cuando se habla de problemas raciales, la gente suele referirse a las razas de color, no a la blanca. Por eso no creo que tenga sentido hablar de universalidad hasta que esa noción deje de identificarse con la raza blanca".

Actualmente, el consenso es que las comunidades latinas alcanzarán una gran fuerza política dentro de unos cuantos años. "El idioma une inmensamente a los hispanos", comenta un mexicanoamericano de segunda generación. Pero esto sólo es cierto superficialmente (incluso es romántico). "Aunque hablamos el mismo idioma y tenemos raíces muy similares", asegura la dominicana Mónica Santana, directora del Centro para Trabajadores Latinos, "hay diferencias en términos más sutiles", precisa. "El tema laboral invita a la competencia y a culparnos unos a otros de la falta de trabajo: la comunidad dominicana piensa que la comunidad mexicana es la que está dañando el negocio, los mexicanos piensan que quienes les arrebatan los empleos son los ecuatorianos, o los afroamericanos atribuyen la culpa a los latinos. Es muy curioso cómo todos estamos compitiendo por los mismos trabajos que no existen. Hace poco un muchacho puertorriqueño se quejaba de que está viniendo mucha gente

y está ocupando nuestro lugar. ¿Qué trabajo, le decía otro, si no hemos tenido trabajo? Hay que ver cómo le crean esa mentalidad a la gente para que los latinos mismos se vean como enemigos. Así, se está compartiendo un mismo espacio de trabajo y no hay confianza, todo el mundo se cuida de todo el mundo y de la amenaza permanente: si cedo mi espacio, voy a perder mi trabajo”.

En Nueva York, “cada comunidad tiene su propia agenda”, nos dice otro mexicanoamericano de segunda generación, Pedro González, quien sintetiza por qué no es posible hablar de una comunidad latina que comparta metas. Dominicanos, puertorriqueños, cubanos, haitianos, caribeños e hispanos en general no realizan en común la acción política y social que los conduzca a establecer sus derechos. Más bien, cada grupo corre por su cuenta, acorde con su propia versión del sueño americano. Los dominicanos, por ejemplo, pueden presumir de logros muy importantes durante los últimos años. Lo más importante es que son, de hecho, un grupo que los políticos consideran seriamente cuando se trata de votar. Tienen, además, un líder que ha impulsado los servicios de salud para las mujeres y los niños, la enseñanza del inglés o la asesoría legal.

La vinculación entre grupos de distinto origen es sólo una tendencia reciente y, desafortunadamente, el caso de los sordomudos¹, ocurrido en 1997, sólo significó una historia más de explotación entre las miles que pueden investigarse sobre la situación laboral que viven los mexicanos. La prensa convirtió esa noticia en un plato espectacular, pero el Departamento de Trabajo recibe denuncias similares todo el tiempo.

Se dan, asimismo, choques entre las dos comunidades más numerosas de Nueva York: la oaxaqueña y la poblana. Pablo Martínez, mexicanoamericano de tercera generación, investigador de música contemporánea, señala que esta animadversión entre los dos grupos torna muy complejas las posibilidades de organización política. Para él, es una contradicción que estos mexicanos, cuyo trabajo es tan valorado por los contratistas, no puedan organizarse en otros términos.

Para defender sus derechos, la comunidad mexicana necesita más información. Mónica Santana puede comprobar a diario que, en este sentido, existe un gran temor. ¿Qué me va a pasar si me involucro en esta campaña?, se dicen todos aquéllos que quisieran incrementar la fuerza política de la comunidad. El primer temor es claro: la deportación, sea por salida voluntaria, con un pasaje de avión obsequiado por las autoridades, o por disposición legal. Desde luego, nadie quiere ese boleto que regala inmigración.

1. Se refiere al caso de un grupo de sordomudos mexicanos que vendían en el metro de Nueva York, explotados por un grupo de mexicanos. [Nota del editor].

A pesar de que se reconoce al mexicano como un trabajador extraordinario, bien dispuesto y productivo, hay entre los dueños de los negocios quien declara abiertamente que no piensa pagar los servicios de un mexicano. Muchos trabajadores desconocen que enfrentan un problema racial que conduce a la explotación. Uno de ellos, un muchacho de 20 años, llegó el año pasado al Centro de Trabajadores Latinos gracias a un volante que recibió en la calle, y sólo entonces pudo darse cuenta de que la discriminación y el maltrato son reales. El había atribuido su situación a la mala suerte. Reconocer la verdad lo impulsó de forma decisiva a analizar su historia laboral. Este centro, ubicado en el *East Village*, realiza hace cuatro años actividades de orientación legal gratuita para trabajadores. Pero recién en 1998 comenzaron a acudir a él los trabajadores mexicanos.

Al Centro de Trabajadores Latinos llegan innumerables casos de explotación abierta. No es una novedad que en muchos de ellos podría hablarse de una especie de esclavitud moderna. Recientemente se descubrió que un obrero mexicano, a quien su patrón quería despedir después de cinco años de labores, había dejado de percibir su salario durante los últimos seis meses. Al final, el obrero obtuvo 14.000 dólares pagados en tres plazos: todo un éxito en esta lucha laboral que sostienen diariamente las comunidades de inmigrantes.

El centro asesora sobre qué información debe dar un trabajador a las autoridades migratorias. "Hay preguntas", expresa Mónica Santana, "que deben tener una buena respuesta porque, cuando se ha residido aquí por más de nueve años, es posible apelar y quedarse en Estados Unidos, a pesar de que no haya documentos"².

Lamentablemente, muchos inmigrantes desconocen esta situación. Contestar preguntas como: ¿de dónde viene? ¿cómo vino a este país? ¿llegó con o sin papeles? o ¿tiene hijos?, puede conducirlos directamente a la deportación. En el Centro de Trabajadores Latinos se les pide que insistan en hablar con un abogado cuando proporcionan su nombre y dirección. En otoño del año pasado, el Centro comenzó a impartir talleres especiales de información legal durante primavera, otoño e invierno.

En el ramo de la construcción, por ejemplo, se les hace trabajar sin contrato escrito, de forma que los trabajadores nunca ven su quincena completa. El patrón les dice: "Ahora no te puedo pagar todo, te lo debo". Así, terminan el trabajo, la construcción se acaba y ellos se quedan sin ver su pago completo. Estos casos pueden defenderse y el patrón no puede argumentar que

2. La ley migratoria también ha cambiado este tipo de "beneficio", ahora todos los que entraron indocumentados son deportables. [Nota del editor].

el trabajador no tiene documentación legal, pero habitualmente éste prefiere no defenderse para no perder el empleo.

Por razones como éstas es necesaria la organización. En Los Angeles, el abogado Antonio Rodríguez, nacido en Durango, confirma lo que parecer ser una ley de los flujos migratorios: "En términos generales, el trabajador mexicano nacido en Estados Unidos desempeña las tareas más sucias, peligrosas y venenosas. En los actos de defensa suele imponerse al indocumentado una fianza más alta, o bien se le niega con el argumento de que puede escapar a México porque está bajo sospecha de haber prefabricado el asunto penal". De hecho, Rodríguez se ve en la necesidad de inmunizar al jurado contra los sentimientos de racismo que suscitan los testigos mexicanos. "En realidad", termina, "es muy difícil defender los derechos de los indocumentados".

La nueva oleada de mexicanos es muy joven e ignorante y, desde luego, está desprotegida. Muchos inmigrantes llegan solteros y comparten cuartos con otros 15 ó 20 obreros por lo menos. Para hacerlo tienen que programar los horarios de sueño, y de acuerdo con ello buscan sus turnos de labores. Aun así, muchos de ellos justifican al patrón cuando éste les niega el cheque mensual porque necesita pagar la colegiatura de sus hijos. "Esto", dice Mónica Santana, "tenemos que denunciarlo, pero sobre todo es preciso lograr que nuestra gente deje de creer que tiene que aguantarlo. Yo les digo en broma que voy a poner un negocio para que ellos me enriquezcan porque son muy comprensivos. Es duro aceptar que están abusando de ti y usando tu dinero para satisfacer sus necesidades, pero los trabajadores tienen que hacerlo".

Conversiones religiosas

¿Cuáles son las consecuencias de una experiencia de este tipo?, le pregunto al abogado Rodríguez. Este calla unos segundos, mira fijamente a una mujer que ha solicitado verlo en su despacho y responde con una sola palabra: "Devastadoras". Y cuenta que hace poco defendió a una mujer cuyo quiropráctico quiso seducirla. Inicialmente, el tribunal le otorgó 2000 dólares como desagravio; sin embargo, la jueza suspendió el veredicto. "Finalmente se utilizó el argumento de que tanto la mujer como la hija pertenecen a una secta de derecha, la de los *Born again*, que prescribe fuertes restricciones sexuales a sus seguidores. Se cerró el caso pretextando que el jurado podía estar simplemente ante un caso de paranoia religiosa producida por el clima de rechazo social", explica Rodríguez. La mujer, que sí había sufrido acoso sexual, perdió finalmente su trabajo.

Santiago Méndez, cantante de un grupo de mariachis en Los Angeles, es una mujer de 54 años oriunda de Tlaxcala. “Me entristece ver que la gente que viene de allá pierde todo en este país: sentimientos, corazón, el amor a nuestra gente... todo lo pierde llegando aquí por el sufrimiento de estar sin familia, sin dinero, sin trabajo. Esta amargura los hace renunciar a su religión. Aquí hay mucha evangelización y los compatriotas que se sienten perdidos se refugian en otras religiones”, testimonia Méndez.

Raquel, mexicana residente en Estados Unidos desde hace veinte años, una ferviente conversa al nuevo cristianismo (*Born again*) habla, durante uno de los escasos intervalos en que vuelve de sí misma, del sentimiento esencial de los mexicanos en Estados Unidos: la nostalgia. “Siempre he buscado la verdad”, dice “no sabía que en realidad buscaba a Dios”.

Después de cinco años de estancia en Estados Unidos, Raquel ha perdido la luminosidad que siempre le atrajo afectos. Incorporó el credo y acumuló toda la ansiedad del *to be successful or not to be*. Fue perdiendo un trabajo tras otro y abandonó su profesión de bailarina. Ahora vende bienes raíces. Han cambiado sus temas, expresados en un nuevo vocabulario flamígero. Ahora refiere historias violentas: la de la mujer que vivía en el piso de arriba y fue asesinada por tres negros en su propio departamento, la de la mexicana a quien su marido neoyorquino tenía recluida en una habitación hasta que terminó lanzándose al vacío. ¿Dónde comienza y termina todo esto? Raquel dice que se trata de la presencia del Mal en la tierra. El mal ocupa un lugar dominante en sus charlas. Los años 60, de los que fue ferviente abanderada, sirvieron para la legalización del mal, para que drogas y sexo estuvieran al alcance de multitud de zorros. El sexo sin amor es degradante. La liberación femenina fue un miserable error colectivo. La Biblia lo ha dicho: la mujer obedecerá en todo a su marido. (Degradante, repugnante, zorros, legalización del mal... rocas negras lanzadas cada vez con mayor virulencia).

Sin embargo, las conversiones nocivas son sólo un lado de la moneda. El periodista mexicano Sergio Muñoz, editor de *Los Angeles Times*, considera que no necesariamente la religión tiene efectos tan graves, que “a los mexicanos les ha servido para alejarse del alcohol o las drogas”. “Lo malo”, dice Silvia Peregrino, mexicoamericana que acaba de obtener una maestría en administración pública en la Universidad de Nueva York, “es que se sustituya la droga por la adicción a la religión”. Hay que decir que Christopher Wong, traductor profesional en Nueva York, no compartiría esta idea. El pertenece a los testigos de Jehová y realiza una labor evangélica y social con las comunidades latinoamericanas de Queens. Opina que los inmigrantes pagan un precio

alto por mejorar su vida. "El país daña a la gente porque aquí se promueve mucho la búsqueda del placer, de posesiones materiales. Los conflictos de identidad son fuertes y muchas familias terminan desintegradas. Nuestras tareas de evangelización se centran en el núcleo de la familia. La vida es difícil aquí y más para el hispano que viene a trabajar. Si se adora a Jehová se pueden superar todos los obstáculos. Nosotros hacemos una obra educativa de orden internacional", enfatiza Wong.

Vulnerabilidad psicológica

Existe una especial vulnerabilidad del mexicano a la depresión clínica. Y es que existen dos temas sutilmente relacionados con la vida cotidiana de los latinos, sobre todo a partir de la segunda generación: la identidad y la búsqueda del *sueño americano*. Más allá de los problemas prácticos que suscita la inmigración latina a Estados Unidos, "la cultura y la historia de los latinos es sistemáticamente negada", expresa Rubén Amabisca, actor y director de teatro que ha trabajado con Luis Valdés, director de *Zoot Suit*.

Las obligaciones de los padres y su ausencia llevan a los jóvenes a agruparse en pandillas que les den un sentimiento de pertenencia. "La identidad", dice Amabisca, "es algo muy importante en la vida de cualquiera. Si no sabes quién eres no puedes saber qué hacer con tu vida. La comunidad de Estados Unidos es tremendamente diversa y eso provoca a los inmigrantes severos problemas de identidad". En referencia concreta a los chicanos, Amabisca define así su situación: "No son latinos, no son americanos. Por sus condiciones de vida, estos jóvenes necesitan gratificaciones inmediatas. Estudiar significa que se va a ser retribuido muchos años después". El entrevistado, que ha trabajado ampliamente con adolescentes mexicanoamericanos, afirma que "la constante en los jóvenes actores es la inseguridad escénica y personal". En el origen de esto se hallan el racismo, la intolerancia y la pobreza. "Hablar con acento delata una condición bicultural y el sueño americano suele no pasar del contrato en un MacDonal'd's", define Sandra Luna, joven videoasta.

No sabemos qué efecto tendría *Zoot Suit* ahora, pero ciertamente ¿quién va a votar en estas condiciones? La comunidad mexicana proviene de una sociedad en donde las estructuras políticas no han sido respetadas. No hay confianza en el voto y esto se transmite a las generaciones que siguen. Entre los que tienen derecho al voto, sólo un 25 ó 30 % lo practica. Con todo, se espera que pronto las nuevas generaciones voten.

La demagogia política se cuece en todas partes. Del lado de Estados Unidos, la recesión ha dejado un saldo de gente conservadora que gasta menos, reacciona ante los impuestos y quiere ver que los inmigrantes paguen un seguro de desempleo que nunca recibirán de la asistencia pública por no contar con documentos migratorios. México no podrá detener la inmigración en tanto no resuelva sus problemas políticos y económicos.

La migración no condena a los mexicanos a una vida mucho peor. Tampoco los convierte en elegidos.